

culpable de su propio pecado, pues por su insaciable sed de gloria lo había perdido todo; pero bien pronto recurrió á otro argumento.

«Piensa como quieras de la gloria, dijo; poco importa que la juzgues digna ó indigna de ser buscada; pero tú has nacido para reinar, tú has sido destinado á sentarte en el trono de tu antecesor David, que te corresponde por parte de madre. Aunque tu derecho dependa ahora de una mano poderosa que no quiere compartirle, fácil sería posesionarte por las armas. Verdad es que la Judea y toda la tierra prometida, reducidas á provincias bajo el yugo de los romanos, obedecen á Tiberio; pero este país no está siempre gobernado con templanza. Con frecuencia se han violado su templo y sus leyes; se le han inferido sangrientos ultrages; se han cometido abominaciones, como lo hizo en otro tiempo Antíoco. ¿Piensas, por ventura, reconquistar tu derecho, permaneciendo en la inacción ó en el retiro? No lo hizo así Macabeo: verdad es que se retiró al desierto; pero con armas, y de esta suerte venció varias veces á un poderoso rey. Con mano fuerte, y aunque sacerdote, obtuvo la corona para su familia, y usurpó el trono de David, él, que en otro tiempo se contentaba con la colina de Modén y los arrabales contiguos. Si un reino no basta para tentarte, muévante al ménos el celo y el deber, que no deben permanecer ociosos, sino estar alerta para aprovechar una ocasion, contribuyendo ellos mismos á que llegue el momento favorable. Muestra, pues, tu celo, por la casa de tu Padre; cumple con tu deber librando á tu país del yugo de los paganos, que esa es la mejor manera de realizar, de verificar las antiguas profecías que anunciaron tu reinado sin fin, ese reinado tanto más feliz cuanto ántes comience. Reina, pues ¿qué ventaja te ofrece aplazar tu reinado?»

Nuestro Salvador contestó en estos términos: «Todas las cosas deben realizarse á su debido tiempo, y tiempo hay para que se verifiquen todas. Si el espíritu profético habló de mi reinado, si ha dicho que debe ser sin fin, también el Padre ha decretado, en sus inexerutables designios, cuándo ha de comenzar, El, que es el dueño de todos los tiempos y las estaciones. Si ha decretado que he de vivir ántes en oscura condicion, en medio de la adversidad, sufriendo tribulaciones, injurias, insultos, desprecios y burlas; que debo estar expuesto á los lazos y la violencia; que he de sufrir, practicar el ayuno, esperar tranquilamente, sin inquietud ni desconfianza, para saber lo que puedo soportar y cómo sabré obedecer, ¿no debo conformarme con su voluntad? Quien mejor sabe sufrir, mejor sabe obrar; mejor reina el que primero ha sabido obedecer, justa prueba á que debo someterme ántes de obtener un poder que no debe cambiar ni concluir. Pero ¿qué te importa á tí el momento en que ha de comenzar mi reinado sin fin? ¿Por qué te muestras tan solícito? ¿A qué vienen tus preguntas? ¿No sabes acaso que mi elevacion será la señal de tu caída, y mi triunfo la causa de tu exterminio?»

El Tentador, aunque atormentado interiormente, replicó así: «Suceda esto cuando quiera, yo he perdido toda esperanza de obtener gracia, y siendo así, ¿qué cosa peor puedo temer? Aquel que ha perdido la esperanza no debe conocer el temor; si mi suerte pudiese agravarse, la expectativa de una desgracia mayor me atormentaría más que el mal mismo. Yo quiero apurarle hasta el fin, porque este es mi puesto, mi refugio, mi último reposo; y esperaré así el término, mi objeto final. Mi error viene de mí mismo, mi delito es hijo de mi propio impulso; cualquiera que mi falta fuere, ha sido condenada por sí misma, y en todo caso será

castigada, bien reines ó no. Ciertamente que hubiera confiado desde luego en tu continente lleno de dulzura, esperando por ese aspecto pacífico y esa mirada serena que tu reinado debía más bien aligerar que agravar mi pena, que sería como un intermediario entre la cólera de tu Padre y yo (la cual temo mucho más que el fuego del infierno), que sería una especie de fresca sombra, una nube de verano. Si estoy, pues, impaciente por conocer esa desgracia extrema que me amenaza, ¿por qué avanzas con tan lento paso hácia un porvenir mejor, hácia lo que debe poner el colmo á tu felicidad y á la del mundo entero cuando reines, tú, que eres el más digno del trono? Acaso aplazas, sumido en profundas meditaciones, la ejecucion de tan importante y arriesgada empresa; y esto no sería de extrañar, pues aunque reunas en tu persona cuantas perfecciones caben en el hombre, todo aquello de que la naturaleza humana es susceptible, como has vivido hasta ahora en el retiro, deslizándose en tu morada la mayor parte de tu existencia, sin visitar apenas las ciudades de Galilea, ni residir en Jerusalem sino algunos días al año, ¿qué observaciones podías haber hecho? Todavía no has visto el mundo, ni mucho ménos su gloria, los imperios, los monarcas y sus brillantes córtes, la mejor escuela de la experiencia para dar á conocer los más rápidos y seguros medios de realizar grandes empresas. El hombre más sábio, si carece de práctica, será siempre medroso y tímido, semejante á aquel jóven novicio, que buscando burras encontró un reino<sup>1</sup>; irresoluto y circunspecto, en fuerza de su reserva, prívale esta de todo su valor. Pero yo quiero conducirte á un lugar donde acabarás bien pronto tu aprendizaje, donde verás ante tus ojos las monarquías de la tierra, su pompa y magnificencia; y esto bastará para imponerte, á tí que eres tan apto para saberlo todo, en los secretos y misterios de la monarquía, á fin de que sepas cómo se debe combatir el poderío de los príncipes.»

Así diciendo (tal era la fuerza que se le concedió entónces), llevó al Hijo de Dios á la cima de una elevada montaña: en su verdosa falda extendíase una vasta llanura, formando inmenso circuito, y desde allí ofrecíase á la vista un admirable panorama. Por los lados deslizábanse dos ríos, uno de los cuales serpenteaba entre los campos; mientras que el otro se alejaba rápidamente á través de hermosas praderas, bañadas por numerosos riachuelos, cuyas aguas recogía para llevarlas al mar. El país era fértil en trigo, vino y aceite; y cubrían el llano y las colinas abundantes pastos, poblados de rebaños. Véanse grandes ciudades rodeadas de altas torres, que bien pudieran ser residencia de poderosos monarcas, y tan inmensa era la perspectiva, que se divisaban acá y allá las estériles landas del árido y abrasado desierto. A esta alta montaña fué donde el Tentador trasladó á Jesús, dirigiéndole allí de nuevo la palabra en estos términos:

«Rápida ha sido nuestra carrera; pasando sobre las colinas y los valles, los bosques, los campos y los ríos, los templos y las torres, hemos atajado muchas leguas. Desde aquí contemplas la Asiria y las antiguas fronteras de su imperio; vése el Ara y el mar Caspio; por este lado, á la extremidad del oriente, corre el Indus, por el occidente el Eufrates; y con frecuencia fueron traspasados estos límites. Al sur se divisa el golfo Pérsico y la Arabia, desierto intrasitable: hé aquí á Ninive, en cuyo amurallado recinto se podría viajar durante varios días; edificada por Nino, es el asiento de esa primera monarquía de la edad de oro, y fué residencia

(1) Este jóven fué Saul, el cual, buscando unas pollinas de su padre, encontró á Samuel, y oyó de los labios de este profeta que sería rey de Israel.

de Salmanasar<sup>1</sup> cuyo triunfo llora todavía Israel en su prolongado cautiverio. Hé ahí á Babilonia, la maravilla de las naciones, tan antigua como Ninive; pero reedificada por aquel<sup>2</sup> que dos veces hizo cautiva á la Judea y á toda la casa de tu padre David, asolando á Jerusalem, hasta que Ciro llegó para libertar á los hebreos. A ese lado véis Persépolis, la ciudad que él fundó; más léjos Bactres, Ecbatana, que se ostenta en toda su extension y Hecatompilos, con sus cien puertas; aquí está Susa, á orillas del Idaspes, ese rio de color de ámbar, de cuyas aguas sólo pueden beber los reyes; y la gran Seleucia, más célebre aún, construida por los Macedonios ó los Partos. Nisibe, Artaxates, Teredon y Cetesifon<sup>3</sup>, se ofrecen también á tus miradas; todo este país, conquistado por los libertinos príncipes de Antioquia, se halla actualmente bajo el dominio de los Partos, que conducidos por el gran Arsaces, fundador de este imperio, se apoderaron de él hace varios siglos. Este momento es el más oportuno para darte una idea de su inmenso poderío, porque el rey de los Partos acaba de reunir en Cetesifon todas sus huestes para marchar contra los Escitas, cuyas bárbaras incursiones han asolado la Sogdiana; y se apresura á prestar auxilio á esta provincia. A pesar de la distancia, puedes ver sus numerosas tropas, su aspecto marcial, los arcos de acero y las agudas flechas de esos guerreros, tan temibles en la fuga como en la persecucion; todos son ginetes, porque la lucha á caballo es aquella en que más se distinguen. Mira cuán belicoso ardimiento demuestran en esa revista, cómo se forman sus filas en cuadro, en ángulo, en media luna, ó se desplazan en alas.»

Jesús miró, y por las puertas de la ciudad vió salir innumerable multitud de guerreros, brillantes con sus cotas de malla y ornamentos militares; sus caballos, aunque cubiertos de acero, no son ménos ágiles y vigorosos, y encabritándose avanzan con sus ginetes, flor y nata de las provincias que se extienden de un extremo á otro del imperio. Vienen los unos de Aracosia, de Candahar y de la Margiana; los otros de las montañas de Hircania ó del Cáucaso, de los profundos valles de la Iberia, de Atropatis, de las vecinas llanuras de Adiabene y Media, y del sur de Susiana, hasta el puerto de Balsara. Veíaseles alinearse en orden de batalla, girar rápidamente, y huyendo al parecer, lanzar tras sí una terrible granizada de agudos dardos á la cara de sus perseguidores, á los cuales vencian por esta maniobra. El campo estaba cubierto de armaduras, que despedían el sombrío fulgor del hierro; no faltaban allí numerosos escuadrones, y en cada ala guerreros armados de punta en blanco para combatir de cerca; ni carros, ni elefantes, que llevaban torres cuajadas de arqueros; ni peones en gran número, provistos de azadas y hachas, para allanar las alturas, abrir paso por los bosques, cegar los valles, levantar trincheras, ó echar puentes sobre los rios orgullosos, como para someterles al yugo. Detrás de ellos iban mulos, camellos, dromedarios, y furgones cargados de instrumentos de guerra; jamás se habian visto tantas fuerzas reunidas ni tan vasto campamento. Cuando Agrican, con todos sus aliados del norte, sitió á Albraca, la ciudad de Galafron, segun cuentan los romanos, á fin de conquistar la mano de Angélica, la más hermosa

(1) Rey de Siria, que subyugó la Samaria y puso término al reino de Israel llevándose cautivo al pueblo hebreo y á su rey.

(2) Nabucodonosor, rey de Babilonia y de Ninive.

(3) Antiguas y florecientes ciudades de la Siria, la Media y la Persia, regiones que más tarde formaron parte del gran imperio de los Seleucidas, á quienes califica el poeta de libertinos á causa de sus vicios, y cuya capital era Antioquia.

de las mujeres é hija de aquel príncipe, solicitada en matrimonio por muchos valerosos caballeros, por los dos Paynim, y los pares de Carlomagno, su ejército no era más brillante ni más numerosos sus guerreros<sup>1</sup>. El gran Enemigo, lisonjeándose de que aquel espectáculo habia producido gran impresion en nuestro Salvador, dirigióle de nuevo la palabra en estos términos:

«Para que reconozcas que no es mi ánimo comprometer tu virtud, y que no omito medio alguno á fin de que tu seguridad repose en sólidas bases, escucha y sabrás con qué objeto te he conducido aquí, mostrándote tan hermoso espectáculo. Aunque tu reino haya sido anunciado por los profetas ó por los ángeles, si no tratas de conquistar ese trono, como lo hizo tu padre David, nunca reinarás; en todas las cosas y sobre todos los hombres, la prediccion supone medios de éxito, y si no se hace uso de ellos, la profecía se revoca. Pero supongamos que tomas posesion del trono de David con el libre consentimiento de todos, sin oposicion alguna por parte de los Hebreos ó de los Samaritanos: ¿cómo podrias abrigar la esperanza de disfrutarle largo tiempo, tranquilo y seguro, hallándote entre dos enemigos cual los Partos y los Romanos? Por esto debes obtener el apoyo de uno de los dos; yo te aconsejaria comenzar por los primeros, que son los vecinos más cercanos, y que demostraron en otro tiempo ser capaces de asolar tu país, haciendo cautivos á sus antiguos reyes Antigono y el viejo Hircano. De mi cuenta corre poner á los Partos á tu disposicion, por el medio que tú elijas, bien por conquista ó alianza, pues sólo con su apoyo recobrarás el poder, sin el cual no puedes ocupar realmente el trono de David, como su legítimo sucesor. De este modo conseguirás la libertad de tus hermanos, de esas diez tribus cuya posteridad conserva todavía aquel pueblo en su territorio. Entre los Medos andan también dispersos diez hijos de Jacob y dos de José, perdidos léjos de Israel y esclavizados, como lo estuvieron en otro tiempo sus padres en la tierra de Egipto. El ofrecimiento que te hago te proporciona ocasion de alcanzar su libertad; si así lo haces, y les devuelves su herencia, entónces, y sólo entónces, reinarás cubierto de gloria en el trono de David, desde el Egipto al Eufrates, y aún más allá, sin que nada debas ya temer de Roma ni de César.»

A lo cual contestó nuestro Salvador sin inmutarse: «Me has hecho ver una grande y vana ostencion del poder mundano, frágiles armas, y un pomposo aparato guerrero, tan largo de preparar como fácil de destruir: me has comunicado secretos de alta política, hábiles proyectos sobre enemigos, alianzas y batallas, plausibles todos á los ojos del mundo; pero que no tienen para mí ningun valor. Dices que debo poner en juego todos los medios, porque si no quedará sin efecto la prediccion y me veré privado del trono. Mi hora, segun ántes te dije, no ha llegado aún, y debieras desear que estuviese lejana todavía. Cuando haya sonado, no creas que me verás vacilar en dar principio á mi obra, sin recurrir á tus máximas políticas, ni hacer uso de ese incómodo aparato guerrero que me has mostrado, más propio para demostrar la debilidad humana que su fuerza. Alegas que es preciso liberte á mis hermanos, segun les llamas, los Israelitas de las diez tribus, si aspiro á reinar como el heredero legítimo de David, y á extender su dominio sobre todos los hijos de Israel. Pero dime, ¿de qué proviene ese celo por su independencía? ¿Porqué no mostráste el mismo por Israel, David, ó su trono, en vez

(1) Á este fabuloso sitio se alude con frecuencia en el poema *Orlando furioso*, de Ariosto.